



Capítulo 32

Habían pasado poco más de dos semanas. Aunque el avance fue más lento de lo esperado debido a los soldados heridos, finalmente llegaron a Kirdam, la capital de Caliban, donde fueron recibidos con vítores entusiastas por parte de los ciudadanos. Dondequiera que mirara, Alon veía gente con expresiones radiantes, animando con orgullo. Liderados por Deus, los caballeros y soldados fueron recibidos en el palacio real, donde informaron de la derrota del Dios Exterior, lo que marcó el final de la expedición.

Alon, sin dudarlo, se preparó para partir de nuevo. Para él, ya no había ninguna razón para quedarse en Caliban después de que el Dios Exterior hubiera sido erradicado.

«He recibido muchos regalos», pensó con expresión satisfecha mientras echaba un vistazo al carro. El carro estaba cargado con numerosos obsequios, cortesía del astuto rey de Caliban, que buscaba fortalecer su amistad. Alon, contemplando con satisfacción los regalos, un poco excesivos, pronto se dirigió a Deus.

«Bueno, hasta la próxima».

Cuando se dio la vuelta para marcharse, despidiéndose con la típica frase coreana «Vamos a comer juntos algún día», Deus, por primera vez, le hizo una pregunta de repente.

«¿Puedo preguntarte algo?».

Alon, que estaba a punto de darse la vuelta, se detuvo. «¿Qué pasa?».



Después de haber pasado aproximadamente un mes con Deus, desde la expedición al norte hasta su regreso a la capital, Alon nunca le había escuchado una pregunta tan directa. Por lo general, Deus solo expresaba su creciente respeto sin hacer muchas preguntas. Alon esperó pacientemente a que hablara.

Tras un momento de silencio, Deus finalmente preguntó: «¿Yo también puedo hacerme más fuerte?».

Alon se sorprendió brevemente por la inesperada pregunta, sobre todo porque Deus ya era bastante fuerte. Alon reflexionó sobre qué podría haber motivado tal pregunta y llegó a una conclusión.

Configuración de privacidad

«Quizás sea porque la magia que utilicé en la batalla contra el Dios Exterior le causó una fuerte impresión, lo que aumentó su respeto por mí».

Tras concluir sus pensamientos, Alon habló. «Por supuesto que puedes hacerte más fuerte».

«¿De verdad?».

«Sí, siempre que te esfuerces, puedes conseguir todo lo que deseas».

«¿Es eso cierto?».

«... Sí, es cierto», respondió Alon, desconcertado por el repentino entusiasmo de Deus. No mentía. De hecho, Deus, al igual que el resto de los Cinco Pecados, ya poseía habilidades innatas extraordinarias incluso antes del descenso de



los dioses. En el caso de Deus, incluso sin usar sus habilidades únicas, podía convertirse en un maestro espadachín con su gran destreza. Dado que había alcanzado este nivel en solo un año, era solo cuestión de tiempo que se volviera aún más fuerte.

Reflexionar sobre estos hechos hizo que Alon sintiera una pizca de envidia por el talento puro que tenía ante sí.

«Ah, hubiera sido estupendo poder renacer con un cuerpo más dotado», pensó Alon brevemente antes de continuar.

«Así que no te preocupes», añadió.

—Entendido —respondió Deus.

«Entonces, me voy».

«... Espera, ¿puedo preguntarte una cosa más?».

«... ¿Qué pasa ahora?», preguntó Alon, deteniéndose a mitad de camino.

«¿Por qué siempre preguntas en lugar de ordenar?».

«...?»

Alon, momentáneamente confundido por la pregunta, trató de entender a qué se refería Deus. «¿Cree que hay algún motivo oculto detrás de mi apoyo?».



Aunque efectivamente había una razón —impedir el descenso de los Cinco Pecados—, el apoyo financiero y material de Alon hacia ellos había sido principalmente por buena voluntad, aparte de la gran amenaza que representaban los Cinco Pecados.

Aunque existía cierta tensión relacionada con los Cinco Pecados, sus acciones seguían basándose en una genuina buena voluntad. Sin embargo, las sospechas de Deus parecían socavar la sinceridad de sus intenciones, lo que hacía que Alon se sintiera un poco injustamente tratado.

«¿Quién daría órdenes a la familia?», respondió Alon, con la esperanza de transmitir su sinceridad con sus palabras de despedida.

Con eso, se despidió definitivamente de Deus y partió hacia Asteria en su carruaje.

Esa noche...

Deus se sentó en el despacho de la mansión, mirando fijamente a la luna que colgaba en el cielo, manteniendo una vigilia silenciosa.

«Ja...».

Un suspiro silencioso se le escapó. Pero el motivo de su suspiro no eran las diversas tareas que tenía sobre su escritorio ni el trabajo que debía realizar en el futuro. Más bien, era porque se había enfrentado cara a cara con su propia ignorancia durante la reciente expedición.



Configuración de privacidad

Deus siempre había creído que era lo suficientemente fuerte. Su habilidad innata, transmitida a través de su linaje, era tan poderosa que incluso Yutia la había elogiado. Además, su talento con la espada, un don que le había sido concedido por la Gran Luna, superaba incluso al del mejor maestro espadachín de Calibán, Reinhardt. Deus era plenamente consciente de ello. De hecho, no podía ignorarlo. Las innumerables alabanzas y reverencias que recibió al ascender rápidamente hasta convertirse en Caballero Maestro le impedían ignorar su propia fuerza.

Por lo tanto, había asumido vagamente que la fuerza que poseía era suficiente para vengarse de los «Negros». Incluso si esa fuerza fuera ligeramente insuficiente, creía que su talento con la espada acabaría siendo suficiente para elevarlo a ese nivel.

Al menos, hasta que se encontró con el Dios Exterior.

«... ...»

Para Deus, la mera presencia del Dios Exterior —y su abrumadora fuerza— supuso un profundo impacto. Con solo estar frente a él, sintió que se le cerraba la garganta, como si lo atenazara el miedo. Le hizo darse cuenta, de la forma más dolorosa, de que no era más que una rana en un pozo, ignorante del vasto mundo que había más allá.

Esta revelación le impactó aún más cuando fue testigo del poder de la Gran Luna.

No pudo evitar recordar ese momento. La imagen de la Gran Luna usando magia contra el Dios Exterior, con la puesta de sol como telón de fondo. Y los dos ojos que aparecieron detrás de él.



Por supuesto, Deus no tenía ni idea de qué eran esos ojos. Lo único que podía discernir era que cada ojo representaba una entidad diferente y que la Gran Luna estaba utilizando su poder. Sin embargo, Deus comprendió instintivamente algo crucial con solo mirar esos ojos: «Eso» era algo que no debía percibirse, e incluso el mero intento de comprenderlo estaba prohibido.

Aunque era la primera vez que lo veía, esta comprensión se grabó en su mente con tanta naturalidad como si siempre hubiera estado allí. Al igual que el hecho de que el sol sale por el este y se pone por el oeste, o que toda vida que nace finalmente muere, la noción de que este conocimiento no debía ser perseguido se convirtió en una verdad innegable en su mente.

Reflexionando sobre esto, Deus sintió de repente una sensación de vergüenza. A diferencia de Penia, que solo veía la fuerza de Alon, Deus ni siquiera se había dado cuenta del verdadero poder de la Gran Luna.

De hecho, Deus había pensado que la Gran Luna era débil. A sus ojos, lo único que podía percibir de la Gran Luna era una débil cantidad de poder mágico. Pero eso no era más que la ignorancia de Deus. Mientras Deus se había quedado paralizado, incapaz de resistirse al Dios Exterior, la Gran Luna se había mantenido tranquila frente a él y lo había combatido de frente, acabando por aniquilarlo.

Deus había seguido a la Gran Luna, decidido a devolverle el favor, pero en lugar de saldar esa deuda, solo había recibido más ayuda. Igual que antes.

«No, esto no puede seguir así».

Deus volvió a recordar el pensamiento que le había rondado la cabeza repetidamente desde que regresó a Caliban tras derrotar al Dios Exterior.



Sin embargo, a pesar de haber tenido el mismo pensamiento docenas de veces, nunca se había convertido en algo más. Eso se debía a la duda, la duda sobre sí mismo.

Tras haber sido testigo del Dios Exterior y sentir ahora un profundo respeto por la Gran Luna, a quien le debía la vida, Deus comenzó a dudar de si alguna vez podría alcanzar ese nivel.

Configuración de privacidad

A pesar de saber que su talento era excepcional, el abrumador poder que mostraban el Dios Exterior y la Gran Luna aplastaron cualquier confianza que tuviera en sus habilidades.

Y así, hasta hoy, Deus había estado atrapado en un ciclo de dudas, haciéndose repetidamente la misma pregunta sin llegar a una respuesta.

Pero hoy, Deus finalmente pudo poner fin a la duda con la que había estado luchando durante semanas.

«Por supuesto que puedes hacerte más fuerte».

«Sí, siempre y cuando te esfuerces, puedes lograr todo lo que deseas».

«De verdad, es cierto».

Recordó las palabras que Alon le había dicho hoy. No había ninguna emoción particular en esas palabras, pero al mismo tiempo, no había ninguna vacilación. Alon había dicho inmediatamente que Deus tenía el talento para derrotar a los Negros, que podía alcanzar ese nivel si se esforzaba lo suficiente.

Esa afirmación, pronunciada sin la más mínima vacilación, fue suficiente para dar a Deus una certeza inquebrantable.

«Debo hacerme más fuerte».

Deus apretó con fuerza el puño.

«Más».

Por primera vez, sus pensamientos, antes estancados, comenzaron a avanzar.

El vago deseo de venganza contra los Negros se estaba volviendo más concreto, impulsado por una nueva certeza.

Esos pensamientos concretos se multiplicaron rápidamente, ramificándose en docenas de otras ideas.

Así, por primera vez, la rana en el pozo, habiendo adquirido la convicción de aventurarse en el mundo exterior, comenzó a prepararse.

«Lo suficientemente fuerte como para convertirse en su espada».

Motivado por un nuevo propósito.

«Familia...»



Se aferró al calor de esa única palabra: el reconocimiento que la Gran Luna le había concedido por última vez y que, solo con pensarlo, le llenaba el corazón de calidez.

Con esto como talismán, Deus comenzó verdaderamente su viaje hacia adelante.

La luz azul de la luna iluminaba a Deus mientras estaba sentado en la oscura oficina.

Un momento después, aún en silencio, Deus recordó ese instante e instintivamente levantó la mano izquierda hacia delante.

«En aquel entonces, fue así, ¿no?».

Al igual que había hecho Alon al enfrentarse al Dios Exterior, Deus extendió los dedos medio y anular, liberando un poco de magia para escanear los alrededores en busca de alguna presencia.

«Primera línea de silencio».

Murmuró en voz baja las palabras en la habitación vacía, con la mano izquierda ligeramente temblorosa.

Configuración de privacidad

Por supuesto, no pasó nada.

Pero, aunque estaba solo en la habitación, imitando las acciones de Alon, Deus no pudo evitar sentir una mezcla de ligera vergüenza y satisfacción.



Volvió a ajustar su postura, pensando brevemente para sí mismo: «Hubiera sido estupendo tener tanto talento para la magia como él».

En ese momento:

«Mi señor».

«¿Sí?»

«He notado que de vez en cuando te gustan mucho las batatas».

«Están deliciosas».

Alon respondió al comentario de Evan mientras asaba camotes junto al fuego.

«Hmm».

En efecto, las batatas estaban realmente deliciosas.

Era tarde por la noche, aproximadamente un mes después, cuando Alon finalmente llegó a la finca del conde Palatio.

«Ha sido agotador».



Habían pasado unos tres meses desde su último regreso, y Alon no pudo evitar murmurar una breve reflexión.

A decir verdad, no había ocurrido nada significativo desde que abandonó Caliban.

Lo único que había sido un poco molesto era la incesante curiosidad de Evan por los poderes de Alon, lo que daba lugar a preguntas casi a diario.

Más allá de eso, el único acontecimiento notable era el creciente rumor entre los reinos de que el conde Palatio había desempeñado un papel importante en la captura del Dios Exterior en Caliban.

Tras concluir su largo viaje, Alon estaba listo para descansar.

Aunque su regreso a la finca del conde desde Caliban había ocupado la mayor parte de su atención, ahora había varios asuntos que necesitaba investigar.

Tenía que visitar Colony y averiguar más sobre los Negros y los Azules, y necesitaba comprender por qué había aparecido el Dios Exterior y por qué Ultultus poseía un nombre verdadero.

En otras palabras, tenía mucho trabajo por delante.

Pero, a pesar de ello, Alon decidió descansar.

Después de todo, desde el principio, su objetivo siempre había sido disfrutar de una vida tranquila como noble.



Aunque le gustaba estudiar magia, su objetivo principal era la supervivencia, más que lograr algo grandioso.

En resumen, todo este esfuerzo tenía como objetivo final garantizar una vida tranquila y, desde el punto de vista de Alon, era lógico recompensarse con un poco de descanso después de las penurias que había soportado.

Con eso en mente, Alon planeó no hacer nada durante aproximadamente una semana una vez que regresara a la finca del conde.

Configuración de privacidad

Pero primero, se sentó en la oficina para ocuparse rápidamente de las tareas acumuladas en un solo día.

Al abrir las cartas de Yutia que aún no había leído, Alon se quedó paralizado de repente.

«¿Qué?».

murmuró aturdido.

Y con razón.

«Evan».

«¿Sí?»

«¿Qué rango tiene un cardenal en Rosario?»

«¿Un cardenal...? Bueno, técnicamente, están justo por debajo del papa o del santo, ¿por qué?».

«Yutia se ha convertido en cardenal».

«¿Qué?».

Dentro de la carta había una impactante noticia: Yutia se había convertido en cardenal del Santo Reino de Rosario.